

# EL ANGEL DE BURUNDI

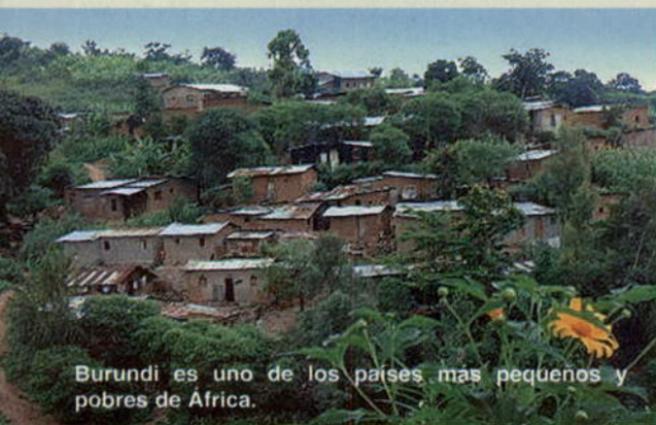
En las noches, cuando todo parece estar oscuro, si miramos al cielo nos damos cuenta de que está la luz de las estrellas alumbrando. Igual pasa con nuestras vidas: cuando todo lo que nos rodea es desolación y desaliento, de pronto aparece una suave luz que va irradiando dentro de nuestros corazones y los va llenando nuevamente de esperanzas y de anhelos.

En el Almanaque Escuela para Todos de 1995 publicamos un artículo que se llama "Un infierno llamado Ruanda". Allí se narra la historia de dos pueblos que aún no han logrado reconciliarse: los tutsis y los hutus. Ruanda limita con Burundi, y en este país también se ha vivido la misma tragedia.

En Burundi hace más de 50 años han estado en una sangrienta guerra. Son muchos años de estar rodeados de desesperanza. Desde el año 2003 hay una paz muy frágil que apenas logra sostenerse. El odio echó raíces entre esos mismos dos grupos que les contamos en el artículo de 1995. Pero una mujer llamada Margarita Barankitse está convencida de que la maldad nunca tendrá la última palabra.

Margarita nació en Burundi. Actualmente tiene más de cincuenta años. Ella es tutsi, de familia adinerada y fue a estudiar al extranjero, pero siempre estuvo ajena a las diferencias que existen entre los tutsis y los hutus. Tanto en su país como

en el resto del mundo es conocida como "el Ángel de Burundi". Pero también la llaman "la Loca de Burundi", quizás porque hace lo que muchos no hacemos por miedo a morir, por miedo a comprometernos,



Burundi es uno de los países más pequeños y pobres de África.



El lugar donde Margarita tiene las casas para sus niños se llama Casa Shalom, que significa Casa de Paz. Esta es una de sus instalaciones.

por temor a ser diferentes y porque en el fondo, para todos es difícil entregarnos en cuerpo y alma al servicio de los demás.

A pesar de los conflictos entre los hutus y tutsis, Margarita adoptó siete niños: cuatro hutus y tres tutsis. Desde que los adoptó nadie quería saber de ella, ni siquiera su familia. Tuvo entonces que refugiarse con sus siete hijos en el Arzobispado de la capital de Burundi.

Al estallar la guerra civil en 1993, ella recogió a setenta y dos personas, entre ellos unos veinte hutus, que no querían participar en las matanzas. Además venían alrededor de veinte niños. A todos los llevó al Arzobispado. Un día, cuando estaba preparando la comida para toda esa gente, vio que se acercaba una tropa de tutsis bien armada. Se calmó al ver que dentro de ella venía un familiar suyo, que seguro le iba a ayudar. Pero la llamaron traidora, le pegaron y la ataron. Y delante de sus ojos, fueron matando una a una las setenta y dos personas.

En esos momentos su gran preocupación eran los niños, que por más que los buscaba con su mirada, no los podía encontrar. Cuando la tropa se fue, logró desatarse. Estaba desesperada. Buscó a los niños entre los cadáveres pero tampoco los encontró. Se llenó de rabia y se fue a la capilla a reclamarle a Dios en voz alta. De pronto oyó una vocecita que



Margarita con una de sus "hijas" huérfanas.

le decía: "mami, mami". ¡Eran sus niños! Se habían escondido dentro de la sacristía. Dios le había respondido con el silencio del amor. Fue a enterrar a sus amigos, recogió a los niños y huieron.

Unos amigos alemanes que también habían huido de la guerra, habían encontrado una casa afuera de la ciudad y los acogieron. Pero de pronto empezaron a llegar más niños. Unos tutsis, otros hutus; algunos huérfanos, otros niños soldados que no querían saber de la guerra, otros lisiados y heridos.

La familia de Margarita le había heredado 40 hectáreas. Y se le ocurrió construir allí unas casitas para los niños. No son orfanatos, son hogares, y todos los niños son sus hijos.

Cuando empezó le faltaba dinero. Entonces fueron apareciendo periodistas alemanes y belgas que empezaron a escribir sobre lo que ella estaba haciendo, y el mundo se enteró. También algunos amigos que habían estudiado con ella en la universidad le empezaron a enviar contribuciones, y luego vinieron otras y otras.

A Margarita todos los días la siguen amenazando. Ella misma cuenta: "Uno de los hombres que vino a matarme, fue mi chofer. Mientras él me apuntaba con la pistola, le dije: -Eres demasiado guapo para ser un criminal. Ven y yo te enseñé otro oficio que no sea el de matar-. Fue mi primer alumno del taller mecánico que construí para que los niños soldados aprendieran un oficio. Y en otra ocasión, detuvieron el autobús en el que viajaba. Nos tumbaron al suelo y comenzaron a matarnos uno a uno. Cuando llegaron a mí, les dije: -He olvidado hacer mi testamento, acompáñenme y así le daré el

dinero a alguien—. Me acompañaron y aproveché para preguntarles a aquellos cuatro jóvenes por qué se habían convertido en asesinos. En casa les di de comer y les pedí que me permitieran despedirme de mis hijos. Cuando vieron aquel enjambre de niños felices, decidieron quedarse con nosotros. Nada resiste al amor, creo que ese es el gran secreto”.

También cuenta: “Cuando me encuentro con alguien no puedo evitar verlo como mi hermano, no puedo evitar querer a los demás. Cuando enterré a aquellas setenta y dos personas, no quedé amargada. Amo la vida. Me levanto por la mañana y canto, porque pienso que estos pocos días que tengo para vivir, los tengo que vivir de pie. Estar alegre es un regalo para los otros. Tengo la vocación de hacer feliz a los otros y eso es lo que me mantiene. ¿Por qué sigo viva? Porque cuando uno ama la vida, la vida también le ama”.

Esta mujer ha hecho que niños hutus y tutsis vivan juntos, se ayuden y se quieran. Pero tal vez lo más importante es que no les miente sobre las amargas verdades de su país, que han hecho que muera mucha gente, entre ellos, los padres de los que ahora son sus hijos. Ella dice: “Si los niños no se reconcilian con su propia historia y miran de frente la causa de sus desgracias, la ira crecerá con ellos. El perdón es la gran herencia del cristianismo en un mundo que no sabe perdonar. Pero la fe y el amor siempre desplazan al odio”.



Un corral para ganado en los terrenos de la Casa Shalom.

---

Las palabras de Margarita fueron tomadas de una entrevista que le hizo Ima Sanchís, periódico La Vanguardia, España.

Fotografías: Jan Oberg, Fundación Transnacional para la Paz e Investigación Futura.